

El Eco de Cartagena

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8099

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

EXPENDEDURÍA ESPECIAL DE TABACOS HABANOS Y FILIPINOS

ALEJANDRO CORDOBA

MAYOR, 36.

TABACOS HABANOS.

PICADURA, de varias clases, de las más acreditadas marcas de la Habana á 7'50 pesetas la libra. Medias libras á 4 pesetas.

CIGARROS PUROS, de 75 vitolas, de las marcas Villar y Villar.—Flor Trespalacios.—Bances y Suaves.—La Carolina.—Hijos de Cabañas y Carvajal.—Estanillo, Aguila de Oro.—Upmann.—Bances y López, El Eden.—Bances y López, Lo mejor. Desde 0'20 pesetas, hasta 60 pesetas el cigarro.

TABACOS FILIPINOS.

PICADURA, marca La Isabela, de dos clases, de 6 y 6'50 pesetas libra.

CIGARROS PUROS, de 38 vitolas, desde 0'7 á 0'60 pesetas.

CIGARRILLOS, suaves de 0'35 y 0'40 pesetas.

Sábado 3 de Noviembre 1888

ECOS DE MADRID.

2 de Noviembre de 1888.

La decoración corresponde al asunto principal del cuadro. El cielo está sombrío; lloviznea; todo prepara el ánimo á la tristeza! En vano es la fiesta de Todos los Santos. La alegría que deberíamos experimentar ante el recuerdo de los que por sus virtudes y sus sacrificios alcanzaron la santidad, se transforma en melancolía al pensar en los seres queridos que yacen en las tumbas.

¿Quién no guarda un latido siquiera de su corazón para el padre ó el hijo, para la madre ó la esposa, para el hermano ó el amigo?

Días de recogimiento y de meditación son los dos primeros del triste mes de Noviembre; pero para alejar el profundo pesar que estas meditaciones causan; para acallar los remordimientos que en estos instantes de silencio dejan oír su voz; para olvidar la pequeñez humana, ha inventado el instinto de conservación los buñuelos y el alcohol, quedan una alegría ficticia á la mañana del día de Todos los Santos, y las meriendas en los alrededores de los cementerios y hasta en los mismos Campos Santos.

Entre el abatimiento y la melancolía de los que se entregan al dolor, y el abandono y el olvido de los que se entregan al placer de la gula, hay un término medio. una costumbre piadosa que se generaliza y que da á la tristeza y al pesar un carácter dulce, apacible y eminentemente cristiano.

Aludo á las coronas más ó menos espléndidas, pero todas seguramente representando sentimientos afectuosos que se llevan á los nichos y á las sepulturas de los queridos y no olvidados muertos.

Estas visitas sin el bullicio, sin los accesorios paganos que todavía se emplean, aunque en menor cantidad que antes, como cariñoso homenaje, quitan á la idea de la muerte lo que tiene de terrible y nos la ofrecen bajo el aspecto de una madre en cuyo regazo duermen sus hijos el apacible sueño de la eternidad.

Hay poblaciones en Francia, en Alemania y en algunos otros países que ofrecen un espectáculo consolador el día destinado á conmemorar los difuntos. Las almas dominadas por dulces sentimientos van á orar ante las tumbas, dejan en ellas coronas y ramos, no buscan en la embriaguez el alivio; antes por el contrario se complacen en asociar al recuerdo del ser querido la idea de la muerte, experimentan una apacible satisfacción al cumplir un de-

ber, y todas estas emociones convierten la locura expansiva ó el recogido dolor que caracterizan estos días en muchas poblaciones de España, en apacible, tierna y culta melancolía.

En Madrid todavía hay muchos habitantes que no pueden prescindir de las indigestiones de buñuelos, de las indigestiones del *Don Juan Tenorio* destrozado sin piedad en gran número de teatros y de otras indigestiones parecidas que recuerdan las fiestas de la Roma pagana y las expansiones de los pueblos que aún están en estado de salvajismo.

¿Qué extraño es que se repitan escenas como la que presencié el otro día un humilde cuarto de la calle del Ave María? Un marido cogió á su mujer por el cabello y con una navaja de afeitarse la decapitó brutalmente.

Poco después unos cuantos amigos jugaban á los naipes en una taberna. Uno de ellos se enfada y da una bofetada á otro; salen á la calle, las navajas se agitan y el abofeteador cae muerto.

¡Datos interesantes para la novela patibularia que tanta curiosidad despierta en nuestra inquieta imaginación meridional!

Por fortuna otras impresiones vienen á demostrarnos que hay en nuestro país inteligencias dignas de figurar entre las primeras de los pueblos modernos.

El discurso de Echegaray en la velada dedicada al inolvidable Rafael Calvo por el Círculo artístico y literario, el discurso de Silvela (D. Francisco) en la Academia de Jurisprudencia, son cada uno en su género, focos que si alumbran las sombras que nos rodean; indican á la vez el camino que debemos seguir para que el África no empiece en los Pirineos.

Para terminar anunciaré que las últimas carreras de caballos han sido brillantísimas.

Trabajo ha costado implantarlas, pero al fin y al cabo, el público ha entrado en carrera.

Julio Nombela.

Variedades.

UN BUEN ESPOSO.

D. Pio es hombre que por su gusto se acostaría á las nueve, porque está cansado de pelear en la oficina con su superior jerárquico, una especie de Sacamantecas de la clase de directores generales; un ogro intratable que se pasa el día diciéndole con malos modos:

—Chupandina, ponga V. una orden para que todos los empleados se limpien los pies en el felpudo del pasillo. Esta no es una di-

rección general; esto es un establo... Chupandina, tráigame V. el expediente de Badalona, ¡pronto! y no sea usted bruto, ni se quede usted ahí parado, que parece usted un poste del telégrafo... ¡A ver! títeme usted un poco de este brazo, que se me ha dormido.

El director lo ha cogido por su cuenta y acabará por volverle loco á fuerza de humillaciones; pero él necesita el destino para vivir, y baja la cabeza silenciosamente.

Como si todo esto no fuera bastante, don Pio está casado con D.^a Gorita, una cubana vanidosa y fea como un besugo, que tiene una hija de su primer matrimonio, llamada Charo, y parece por lo escuálida un sacatrapos.

D. Pio es un ángel de bondad, y deja que en el domicilio mande todo el mundo menos él. La esposa se levanta á las diez, la niña á las once y D. Pio tiene que abandonar el lecho á las siete, porque, si no, ya le está diciendo la dulce compañera de su vida:

—Pío ¿no sabes que está la criada sola en la cocina? Vete á vigilarla; que anteayer la sorprendí comiendo la manteca de cerdo que había comprado para hacer crocenes.

Antes de ir á la oficina pásalo un *sepiño* á las botas de Charo, y á ver si le puedes arreglar un tacón que se le *tuere* cuando baila.

¡El baile! Hé aquí uno de los grandes placeres de doña Gorita. Tiene ya cuarenta y cinco años; pero como si no hubiera llegado á los veinte. Con tal de bailar, es capaz de pasarse el día sin comer y la noche sin dormir.

Ahora le ha entrado el deseo de dar reuniones, porque es preciso que Charo encuentre un esposo digno de ella, y porque casi todas las personas decentes reciben á sus amigos una vez por semana.

D. Pio le ha hecho ver que la casa es chica y que, además, el sueldo no llega para nada en estos tiempos calamitosos que atravesamos.

—Tú eres un *sin vergüenza*, y permite que te lo diga, responde doña Gorita. Yo me he casado pa gozar, y mi *primé mario* era todo un hombre que sabía gastarse un peso con mucha dignidad y mucha *desensia*.

El pobre Chupandina baja los ojos avergonzado, y se dispone á secundar los propósitos de su esposa y los de su hijastra, que tiene un temperamento nervioso de primera fuerza, y anda siempre tirada por las esquinas con la convulsión.

Si se la contraría en lo más mínimo ¡tras! se cae al suelo víctima de la pataleta; si le ponen demasiados garbanzos ¡pum! se agita convulsivamente y lanza gritos horribles porque cree que ha habido propósito de ofenderla para que vuelva en sí.

—Charito, vamos, no tengas esa delicadeza tan exquisita. Yo te hablé puesto muchos garbanzos sin ánimo de herirte porque creí que te gustaban las féculas.

—Ya sabes como es, dice doña Gorita mirando á su esposo con indignación. La niña se ha *figurado* que tratabas de insultar su orfandad. ¡Ay, si su padre levantara la cabeza! ¡Qué hombre aquél más *templao*! En Cárdenas quiso matar á un músico de tropa solo porque me *tropesó* con el cornetín.

¡Pobre Chupandina! Desde que su esposa ha concebido el proyecto de dar reuniones, no tiene un solo instante de reposo, y se ha visto obligado á andar casa por casa diciendo á los amigos:

—El jueves pensamos tener un poco de baile, y esperamos que V. nos honre con su asistencia.

Entre la criada y D. Pio han hecho todo lo necesario para que en la *sotíe* no falte nada absolutamente.

Es preciso, según dice D.^a Gorita, que el

mundo no tenga motivos de crítica, y el pobre esposo ha estado un día entero untando con aceite frito los muebles de la sala para sacarles lustre.

D. Pio es hombre muy mañoso, y su esposa utiliza sus felices disposiciones dedicándole el arreglo de la casa. Ahora, con motivo de la reunión en proyecto, está encargado de lavar los jarrones de la consola y de remendar el papel del pasillo, porque no estaría bien que los tertulianos viesen ciertos deterioros producidos por el tiempo.

D.^a Gorita le dice á cada paso:

—Pío, no te olvides de fregar los cristales del gabinete. Ya sabes que el quinqué *necesita* un tubo; y límpiate bien la levita que está *yena* de manchas, y no es cosa de que te presentes *susto* delante de las personas *desentés*.

Mientras él trabaja sin descanso, la mamá y la niña se columpian en dos mecedoras de rejilla, que son sus compañeras inseparables.

Media hora antes de dar principio á la reunión, D.^a Gorita inspecciona á su esposo y le regaña fuertemente porque no se ha lavado bien el pescuezo.

—¡*Jesús!* ¡Qué *sinvergüenserial!* exclama.

—¿Cómo quieres que esté limpio un hombre que ha tenido que sacudir las alfombras, y limpiar el polvo de las paredes y meterse debajo de las camas? dice D. Pio con acento quejumbroso.

Los convidados comienzan á invadir la sala y á fijarse en los muebles, haciendo casa no notan el mal efecto causado, y andan haciendo los honores con exquisita amabilidad.

Hay dispuesto un buen ambigü en el comedor: agua, azucarillos, pastas finas, galletas, y un frasco de aguardiente de Monóvar para gotas. La colocación de la mesa ha sido cosa de D. Pio; pero como era chica, él, con su maña, logró hacerla mayor, añadiéndole unas tablas y cubriéndola con dos mantales unidos.

A las once en punto D.^a Gorita dice solemnemente:

—*Pa*, pasemos al ambigü *pa* que tomen un refrigerio.

Todos se abalanzan sobre las pastas, que es lo mejor que hay allí en clase de alimento.

El infeliz D. Pio anda de un lado para otro, llenando los vasos, repartiendo servilletas, y diciendo con su natural candor á los comensales:

—Coman Vdes. galletas, que también son muy ricas.

Pero de pronto se oye que uno de los tertulianos dice en voz baja á una señorita:

—¿Ha visto usted qué familia más curiosa?

—Cursísima, responde la interpelada.

—Las pastas son de lo más barato que se conoce.

—Y las galletas saben á aceite de hígado de bacalao.

D. Pio, que se consideraba feliz porque creía que toda aquella gente estaba muy satisfecha con los agasajos recibidos, sintió que le aflujía la sangre á su cabeza, y tuvo que beberse dos vasos de agua seguidos para evitar una sofocación.

En aquel momento uno de los comensales quiso cojer la bandeja de las pastas, y se apoyó en la mesa, pero ésta cedió al peso, y vino á tierra con estrépito infernal.

Las señoras lanzaron gritos de asombro, los caballeros trataron de salvar los pantalones, huyendo del comedor, y Charito se vio